



Ricardo Pozas Horcasitas

“La sociología y la historia en México”

p. 65-80

Reflexiones sobre el oficio del historiador

Gisela von Wobeser (coordinación)

Primera reimposición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

252 p.

(Serie Divulgación, 2)

ISBN 968-36-44-84-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historiador_reflexiones/301a.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA SOCIOLOGÍA Y LA HISTORIA EN MÉXICO

RICARDO POZAS HORCASITAS *

Esta presentación tiene por objeto reconstruir de manera general las distintas etapas del pensamiento social mexicano y su relación con la historia, tanto como disciplina como concepción de lo social y lo político.

La huella que seguiremos a lo largo de 60 años será la que ha dejado la *Revista Mexicana de Sociología*,¹ el órgano de difusión académica especializada en ciencias sociales más antiguo de América Latina que, como es de suponerse, ha pasado por distintas etapas. El presente artículo consigna un recorrido por ellas.

En la primera etapa (1939-1950), el manejo de la historia aparece en las páginas de la revista bajo tres formas. La primera de éstas es esencialmente abstracta y analiza problemas ubicados en otras latitudes geográficas y tradiciones de conocimiento. Para la historiografía teórica de la época, la realidad mexicana no es un objeto de reflexión ni de angustia intelectual.

En esta línea de pensamiento histórico sobresalen dos filósofos de la historia: Rodolfo Mondolfo² y el transterrado José Gaos,³

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

¹ Todas las notas a pie de página se refieren, salvo que se especifique lo contrario, a la *Revista Mexicana de Sociología* (RMS), razón por la cual el título no se repite en cada una de las referencias bibliográficas.

² Rodolfo Mondolfo, "Espíritu revolucionario y conciencia histórica", v. 3, núm. 4, oct.-dic. 1941, p. 71-86, y "La política y la utopía de Campanella: la ciudad del sol", v. 6, núm. 2, may.-ago. 1944, p. 213-223.

³ José Gaos, "Individuo y sociedad", v. 1, núm. 3, jul.-ago. 1939, p. 7-16, y "Sobre la sociedad e historia", v. 2, núm. 1, ene.-mar. 1940, p. 5-21.

quienes se resguardaron en América Latina del acoso del fascismo. La revista da cuenta de las inquietudes y polémicas de estos dos intelectuales y, en ambos casos, se confirma la tradición del conocimiento humanista constituida por la reflexión especulativa sobre la sociedad y sus avatares en el tiempo.

Tanto en el caso de Rodolfo Mondolfo como en el de José Gaos es clara la búsqueda de la unidad totalizadora del conocimiento humanista fundada en la convergencia de la filosofía, la historia y las llamadas disciplinas sociales, no obstante la terquedad contemporánea de sólo destacar sus especificidades.

Para estos dos pioneros de la *Revista Mexicana de Sociología* hay un ámbito del saber en la relación entre filosofía, historia y disciplinas sociales, que resuelve problemas sustantivos al desarrollar un conocimiento que las vertebra (o para dar una imagen más clara), que anuda los cabos de estas tres modalidades del conocimiento humano, al reflexionar sobre el contenido de sus supuestos epistemológicos.

En Gaos y Mondolfo la reflexión en el plano de los supuestos epistemológicos sostiene la solidez y el alcance posible de los métodos y las categorías centrales, de las teorías en las ciencias del hombre.

El conocimiento sobre la relación entre filosofía y ciencias del hombre dejó una primera huella en la sociología mexicana, pero este rastro se perdió en el origen de su camino y hoy está en el olvido.

La etnohistoria aparece como una segunda vertiente en el conocimiento de la historia en las primeras páginas de la *Revista Mexicana de Sociología*. Este conocimiento se expresa como una actividad intelectual articulada por las categorías analíticas de la etnología y la antropología funcional de los años cuarenta y cincuenta.

En esta segunda visión, la historia recupera la constante cultural en las conductas de los grupos indígenas y étnicos. Desde esta perspectiva, el manejo de la historia se orienta más hacia la construcción de la continuidad que al esclarecimiento argumentativo del cambio.

La revista contiene varios textos en los que la historia y la etnología constituyen el binomio explicativo de la realidad social mexicana y latinoamericana. Entre ellos sobresalen el “Estudio histórico-etnográfico del alcoholismo entre los indios de México”, publicado en 1942 por el reconocido etnólogo mexicano Francisco Rojas González,⁴ y el ensayo sobre la historia de la etnología brasileña de Herbert Baldus.⁵

Una tercera vertiente la constituyen los estudios propiamente históricos, en los cuales los problemas y los análisis pretenden explicar fenómenos ubicados temporalmente en el pasado.

Entre los primeros textos historiográficos se encuentra aquel que hace referencia a los aztecas.⁶

Uno de los temas centrales de la historiografía de las décadas de los cuarenta y cincuenta fue el estudio de la Revolución Mexicana, trabajos que, en su gran mayoría, fueron de carácter apologético, más que investigaciones de historia social o política.

El prototipo del trabajo historiográfico sobre la Revolución Mexicana de esas décadas describe las direcciones políticas del movimiento armado y reduce el ejercicio del gobierno y de la organización del Estado a las cualidades y características personales del dirigente. Son ensayos sobre el *estilo personalizado de gobierno*, más que análisis de conducción institucional.

⁴ Francisco Rojas González, “Estudio histórico-etnográfico del alcoholismo entre los indios de México”, v. 4, núm. 2, abr.-jun., 1942, p. 111-125; “Las instituciones del compadrazgo entre los indios de México”, v. 5, núm. 2, abr.-jun. 1943, p. 201-213. Además de este artículo, Francisco Rojas González escribió muchos más en la revista, entre los que destacan: “Cartas etnográficas de México”, v. 1, núm. 2, may.-jun. 1939, p. 80-94; “El comercio entre los indios de México”, v. 7, núm. 1, ene.-abr. 1945, p. 123-137; “Las instituciones del compadrazgo entre los indios de México”, v. 5, núm. 2, abr.-jun. 1943, p. 80-96; “Totemismo y nahualismo”, v. 6, núm. 3, sep.-dic. 1944, p. 359-369.

⁵ Herbert Baldus, “Ensayo sobre la historia de la cultura brasileña” v. 5, núm. 2, abr.-jun. 1943, p. 171-192.

⁶ Miguel Mejía Fernández, “La tribu azteca”, v. 7, núm. 2, may.-ago. 1945, p. 267-279.

La exposición sobre las distintas etapas del proceso revolucionario se confeccionó en torno a nombres y periodos de gobierno. Esta manera de armar la historia muestra el grado en que la ideología de la Revolución Mexicana permeó el alcance cognitivo de las ciencias sociales durante la tercera y cuarta décadas del siglo.

El nivel de influencia ideológica de la Revolución Mexicana resulta innegable al contrastar las páginas de la *Revista Mexicana de Sociología* con la historiografía de la época, siendo estas dos concepciones contradictorias y excluyentes sobre la manera de explicar los hechos sociales.

Los ensayos históricos sobre México ignoraron los textos publicados en la *Revista Mexicana de Sociología* sobre las ciencias sociales,⁷ la teoría sociológica,⁸ la estructura social,⁹ las clases sociales,¹⁰ la movilidad y la estratificación social.¹¹

⁷ José Medina Echeverría, "Reconstrucción de la Ciencia Social", v. 3, núm. 4, oct.-dic. 1939, p.17-39; "Sobre la investigación en ciencia social en nuestros días", v. 2, núm. 4, oct.-dic. 1940, p. 17-22; Robert Redfiel, "Las ciencias sociales, medios y fines", v. 9, núm. 3, sept.-dic. 1947, p.23-48; Conrado Gini, "Una sociedad laborista", v. 3, núm. 1, ene.-mar. 1941, p.47-80; "Una sociedad laborista" (Conclusión), v. 3, núm. 2, abr.-jun. 1941, p. 51-67.

⁸ José Medina Echeverría, "¿Es la sociología simple manifestación de una época crítica?", v. 1, núm. 2, may.-jun. 1939, p. 17-39; "La ciencia social en la sociedad contemporánea", v. 3, núm. 3, sept.-dic. 1951. George Gurvitch, "La percepción actual de la sociología", v. 8, núm. 3, sept.-dic. 1946, p. 405-419. Hacia mediados de la década de los sesenta se publica otro artículo del autor: "Las variaciones en las percepciones colectivas de las extensiones", v. 26, núm. 3, sep.-dic. 1964, p. 643-672. Morris Ginsberg, "El psicoanálisis y la sociología", v. 12, núm. 2, may.-ago. 1950, p. 169-183.

⁹ George Gurvitch, "El concepto de estructura social", v. 17, núm. 2-3, may.-dic. 1955, p. 229-343.

¹⁰ Raymond Aron, "Las clases sociales", v. 1, núm. 1, mar.-abr. 1939, p. 97-108.

¹¹ Pitirim A. Sorokin, "Estratificación y movilidad social", v. 15, núm. 1, ene.-abr. 1953, p. 83-117; "La estratificación política", v. 15, núm. 3, sept.-dic. 1953, p. 415-447; "Estratificación ocupacional", v. 10, núm. 1, ene.-abr. 1954, p. 103-136; "Movilidad social, sus formas y fluctuación", v. 16, núm. 2, may.-ago. 1954, p. 279-310; "Los canales de la circulación vertical", v. 16, núm. 3, sept.-dic. 1954, p. 483-500.

Pero la *Revista Mexicana de Sociología* no sólo acotó su campo a los estudios sobre la realidad social o los estudios sociológicos, también abrió sus páginas a las caracterizaciones sobre los regímenes políticos;¹² los problemas del conocimiento del Estado;¹³ el gobierno y los partidos;¹⁴ los estudios demográficos elaborados por intelectuales de talla mundial como Conrado Gini¹⁵ y aun las primeras reflexiones teóricas sobre “sociedad e historia”,¹⁶ así como los análisis pioneros hechos desde las ciencias sociales sobre la realidad nacional, entre los que sobresalen el de Manuel Gamio: “El concepto de la realidad social de México”,¹⁷ o las polémicas versiones de Robert Redfield.¹⁸ Este inmenso capital intelectual emerge como reflexión desde otros continentes teóricos a la superficie de la historiografía mexicana, sin inmutar en lo más mínimo a nuestros maestros del oficio.

Una dimensión significativa en el tratamiento de los problemas del pasado es la reducción del tiempo histórico a la linealidad como su único desarrollo posible, condenando el conocimiento a una visión cerrada y auto-reproductora de los procesos. En la gran mayoría de los casos, hay una ausencia del análisis diacrónico y sincrónico, así como de la simultaneidad, como dimensiones analíticas.

¹² Emile Durkheim, “La democracia”, v. 21, núm. 3, sep.-dic. 1959, p. 819-830.

¹³ Italo A. Lunder, “La teoría del Estado como sociología política”, v. 14, núm. 3, sept.-dic. 1952, p. 325-340; “Sociología del parlamento”, v. 21, núm. 2, may.-ago. 1959, p. 621-638.

¹⁴ Hans Gert, “El partido nazi, su dirección y composición”, v. 3, núm. 2, abr.-jun. 1941, p. 109-132.

¹⁵ Conrado Gini, “La teoría europea y la teoría americana de las migraciones internacionales”, v. 8, núm. 2, may.-ago. 1946, p. 167-194.

¹⁶ José Gaos, “Sobre la sociedad e historia”, v. 2, núm. 1, ene.-mar. 1940, p. 7-16; “Individuo y sociedad”, v. 1, núm. 3, jul.-ago. 1939.

¹⁷ Manuel Gamio, “El concepto de realidad social en México”, v. 1, núm. 2, may.-jun. 1939, p. 11-17.

¹⁸ Robert Redfield, “Del pensamiento sociológico actual: el indio en México”, v. 4, núm. 3, jul.-sep. 1942, p. 103-120.

El análisis diacrónico y sincrónico forman el basamento de los estudios antropológicos y etnográficos,¹⁹ disciplinas sociales que dominaron en las décadas de los cuarenta y cincuenta. Estas formas de conocimiento social permearon intelectualmente a la *Revista Mexicana de Sociología* en su primera época, pero no influyeron en los estudios históricos de esos años.

La ausencia del análisis comparativo aumentó la tendencia al exclusivismo del fenómeno histórico-político mexicano, sobre todo en lo que respecta a la Revolución y sus consecuencias. Esta noción ideológica la hace aparecer en el discurso historiográfico de la época con la misma carga mítica con la que aparece en la retórica política: “como un fenómeno único e incomparable”. Este énfasis en la exclusividad permite todo tipo de excesos en la interpretación de la historia política del país y omite su inserción en los procesos globales.

El discurso de la exclusividad era la retórica de los abogados —ideólogos del momento— y se fundaba en el planteamiento de la excepcionalidad jurídica de nuestra Constitución —hecho que cualquier abogado de cualquier parte del mundo podría alegar—, condición transpuesta al conjunto de las medidas y acciones de la Revolución Mexicana que muestra su influencia ideológica en la historia política del México de la cuarta y la quinta décadas.

A final de la década de los cincuenta el análisis de la Revolución Mexicana empieza a ser influido por las concepciones teórica y analítica de las disciplinas sociales y aparecen en el campo intelectual mexicano otros textos que rompen con la tradición historiográfica revolucionaria.

La *Revista Mexicana de Sociología* es uno de los espacios editoriales de esta innovación. El trabajo “La natalidad y la mortalidad en el marco de la Revolución Mexicana”²⁰ y los textos de Rex D.

¹⁹ Entre los clásicos de la antropología que publicó la *RMS*, se encuentra Bronislaw Malinowski, véanse sus trabajos: “El grupo y el individuo en el análisis funcional”, v. 1, núm. 3, jul.-ago. 1939, p. 111-133, y “Un análisis antropológico de la guerra”, v. 3, núm. 4, oct.-dic. 1941, p. 139-149.

²⁰ Gustavo Luna Méndez, “La natalidad y la mortalidad en el marco de la Revolución Mexicana”, v. 21, núm. 1, ene.-abr. 1959, p. 103-126.

Hopper, en los que se discuten los alcances teóricos sobre la categoría de la Revolución,²¹ son pioneros de la reflexión sociológica y política sobre la historia.

Pero la década de los cincuenta no sólo vio en sus inicios la consolidación de las teorías sobre el mundo agrario, sino que, hacia mediados del decenio, ve aparecer en el imaginario intelectual un nuevo paradigma que orienta el sentido de las preguntas fundamentales del conocimiento y de la práctica ideológica: *el desarrollismo*.

El desarrollismo es una ideología que concibe el movimiento de la sociedad global en un sentido concéntrico: del subdesarrollo al desarrollo, históricamente hablando, y se sustenta en una noción del tiempo uniforme y lineal, con el supuesto evolucionista que postula un estadio superior que desarrolla las características esenciales de los estadios anteriores. Esta teoría tiene en su base una sustentación analítica binómica.

Las características de los países desarrollados aparecen en el discurso académico como los indicadores del estadio superior hacia los cuales deben tender los países que empezaron a ser calificados como subdesarrollados. Estos indicadores serían —según la CEPAL— la base para las propuestas de políticas públicas de los gobiernos latinoamericanos.

Esta visión sobre el sentido del movimiento y el tiempo de la historia rompe con la concepción de la desimetría de los tiempos y las especificidades de las culturas y las sociedades, al dar prioridad a la sociedad central y su hegemonía en la sociedad global frente a las sociedades y los estados nacionales.

El desarrollismo tiene una visión global y una específica; esta última se mueve en el plano del análisis empírico, en el nivel micro,

²¹ Rex D. Hopper, "El mito social en la dinámica de la revolución", v. 8, núm. 2, sept.-dic. 1962, p. 213-225; "El proceso revolucionario: un marco de los movimientos revolucionarios", v. 11, núm. 2, may.-ago. 1949, p. 207-228; "Cuando los hombres alcanzan el poder", v. 17, may.-dic. 1955, p. 505-515, y "Aspectos ideológicos y de jefatura de la Revolución Mexicana", v. 18, núm. 1, ene.-abr. 1956, p. 219-236.

y concibe como el *continuum* folk-urbano que expresa, en el plano del mundo social, una continuidad gradual entre lo rural y lo urbano.

Sin embargo, este periodo muestra un rasgo distintivo: los estudios sobre la Revolución Mexicana dejan de ser una apología heroica de personajes que dan forma a gobiernos, para convertirse en una visión más estructurada de análisis de instituciones y formas de gobierno. Es ésta la época en la cual se inicia la apología de la paz revolucionaria y en la que la estabilidad política es la clave del desarrollo económico. México se perfila como un paradigma frente a América Latina.

El desarrollismo se mantuvo hasta más allá de la mitad de la sexta década y presionó al mundo académico para dar una visión global de los fenómenos y romper los márgenes de la singularidad de los procesos y acontecimientos históricos mexicanos, prejuicio del nacionalismo revolucionario que permeó a un mundo académico poco profesionalizado.

Por otro lado, y directamente vinculado con el análisis comparativo que impuso la visión globalizadora,²² el estudio de lo social por etapas de desarrollo²³ se volvió un proceso diacrónico con una fuerte carga ahistórica.

Hacia el final de la quinta década del siglo, América Latina vería aparecer otra alternativa al subdesarrollo dada por la Revolución Cubana. Este acontecimiento impactó profundamente las concepciones sociales del continente, aumentando el peso del análisis histórico a través del marxismo y su postulado, el materialismo histórico.

La década de los sesenta se inicia en la *Revista Mexicana de Sociología* con “un balance objetivo de la Revolución Mexicana” e introduce, desde las ciencias sociales, el criterio metodológico de la

²² Rex D. Hopper, “El análisis histórico comparativo como base”, en *Revista Mexicana de Sociología*, a. XXIV, v. XXIV, núm. 2, abr.-jun. 1962.

²³ Álvaro Maldonado Diez, “Delimitación conceptual del desarrollo y periodización del desarrollo histórico social”, a. XXV, v. XXV, núm. 1, ene.-mar. 1963.

evaluación científica: aparecen los problemas de la objetividad como precondition del conocimiento.²⁴

Hacia mediados de los años sesenta se elabora la primera respuesta sistemática a la teoría del desarrollo. Esta nueva visión surge bajo el postulado de la teoría de la dependencia, que recupera la especificidad latinoamericana a partir del análisis genético-histórico.

La teoría de la dependencia rompe con la noción evolutiva y sincrónica por etapas de desarrollo, tal como había sido postulada en la teoría robstoniana o en el proyecto general para América Latina elaborado por Prevlch.

La dependencia como teoría abrega en varias fuentes sociológicas: el marxismo, los postulados weberianos sobre la metodología y la acción social, y la sociología de la acción y los movimientos sociales desarrollada por Alain Touraine. Pero, fundamentalmente, recuperará una visión de la sociología desde la historia, es decir, propone *una sociología de la historia latinoamericana*.

La concepción sociológica de la historia postula que *las categorías son históricas*, es decir, que el nivel de abstracción no es más que el grado de universalidad de las relaciones sociales que contienen las categorías y que, por tanto, el fundamento de toda proposición teórica está en el contenido histórico-concreto de estas categorías.

Para ser más directos y menos epistemológicos, podemos afirmar que el contenido de las categorías de análisis o es histórico o éstas son abstracciones vacías, en tanto que la interacción social y política es productora y reproductora de sí misma en la historia.

Con este principio se debió desarrollar, durante la década de los setenta, la teoría de la dependencia y, supuestamente, con el mismo postulado del contenido histórico de la teoría social y política operaría el marxismo. Esta última cosmovisión irrumpe de manera hegemónica en los medios académicos a partir del quiebre cultural provocado por el movimiento estudiantil del 68, movimiento social que corresponde a un fenómeno global en Occidente y que

²⁴ Lucio Mendieta y Núñez, "Un balance objetivo de la Revolución Mexicana", a. XXII, v. XXII, núm. 2, abr.-jun. 1960, p. 529-543.

mostró el agotamiento de la visión de la posguerra y de la legitimidad del mundo establecido, tanto en las democracias occidentales como en algunos países del bloque totalitario.²⁵

La teoría de la dependencia rehace la historia de América Latina, la cual deja de concebirse como una sucesión de etapas de desarrollo y pasa a constituirse como un *continuum* con periodos significativos y coyunturas de inflexión.

Los ejes articuladores de las historias nacionales en América Latina están constituidos por la manera en que las economías se vincularon al mercado internacional, dando origen a dos modelos teóricos de desarrollo: las economías de control nacional y las de enclave. La manera en que en cada nación se constituyeron estos dos modelos de relación económica dio lugar a las distintas formas de dependencia.

La formación de las entidades nacionales de América Latina estuvo marcada por las coyunturas de la historia global; lo cual dio a estos países su especificidad. De esta manera, la ruptura del orden colonial, las distintas formas en que se resuelve la relación Iglesia-Estado, la crisis del 29 y el modelo de sustitución de importaciones o el resultado de la crisis de la guerra de Corea forman, en esta teoría, los puntos en la secuencia de la historia.

La teoría de la dependencia centra su visión de la historia en la constitución del Estado por las clases dominantes y maneja esencialmente categorías de alto contenido histórico. En la *Revista Mexicana de Sociología* los textos sobre dependencia aparecen al final de la década de los sesenta y continúan a lo largo de la de los setenta.²⁶

²⁵ El 68 es un fenómeno político global que también tiene como origen la irrupción masiva de la generación nacida en la posguerra en los centros de educación superior; esta generación y este movimiento concretan toda la educación que el síndrome de la guerra dejó en sus padres: la angustia masiva del sobreviviente traducido en el deseo absoluto de libertad.

²⁶ Fernando Henrique Cardoso, "Impedimentos estructurales e institucionales para el desarrollo", v. 32, núm. 6, nov.-dic., p. 1461-1482; Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, "Estado y proceso político en América Latina", v. 38,

En el mundo académico mexicano el marxismo vive un periodo formativo de diez años aproximadamente, aunque su versión militante se remonta a la segunda década del siglo.

El marxismo académico detona a partir de la Revolución Cubana y se asienta con el movimiento estudiantil de 1968. Estos dos hechos lograron producir una impronta en la actividad intelectual que dio origen a una teoría social comprometida.

El marxismo se fue convirtiendo, a lo largo de la década de los setenta, en una de las teorías hegemónicas de la interpretación social, hasta convertirse en una verdadera filosofía de la historia con un acendrado determinismo económico y un postulado político autoritario y excluyente, incapaz de dialogar con las otras visiones del mundo.

El carácter anti-científico y anti-intelectual de los marxistas se reforzó por la militancia en el sindicalismo universitario, integrado, en un principio, por un número importante de miembros del personal académico. Así, las universidades se convirtieron en el espacio social de reclutamiento de los partidos de izquierda y en el ámbito del debate político e ideológico regido por la lógica del proselitismo, las clientelas, la intolerancia y la conducción política de los aparatos institucionales de la academia.

Subordinada a la lógica del poder y convertida en una ideología militante, esta visión del mundo y de la historia fue perdiendo toda su riqueza analítica y cayó en una panfletización creciente. Al marxismo lo ahogó la izquierda latinoamericana en un fundamentalismo sin salida.

núm. 2, abr.-jun., 1977, p. 357-387; Julio Labastida Martín del Campo, "Proceso político y dependencia en México (1970-1976)", v. 39, núm. 1, ene.-mar. 1977, p. 193-227; Gerard Pierre-Charles, "Dependencia e industrialización en las Antillas y en América Central", v. 35, núm. 4, oct.-dic. 1973, p. 783-799; Aníbal Quijano Obregón, "Dependencia, cambio social y urbanización en América Latina", v. 30, núm. 3, jul.-sept. 1968, p. 525-570; José Luis Reyna, "Subdesarrollo y dependencia: el caso de América Latina", v. 29, núm. 4, oct.-dic. 1967, p. 651-668; Edelberto Torres Rivas, "Problemas del desarrollo y la dependencia en Centroamérica", v. 31, núm. 2, abr.-jun. 1969, p. 115-131.

El marxismo mexicano dio prioridad a varias de las categorías del conjunto que forman esta teoría. Dichas categorías, descontextualizadas, fueron la clave intelectual en la explicación de América Latina y México.

La categoría de modo de producción y formación económico-social fue central para explicar la realidad agraria latinoamericana, así como su origen y límite. El uso de esta categoría se deformó de tal manera que llegó a ser el marco explicativo que sustituyó a la etnohistoria.

Pero el marxismo tuvo una deformación central: la de reducir la riqueza de la interacción social a la acción binaria de dos clases sociales y fundar el sentido del movimiento social en la historia dentro de una visión teleológica, cuyo fin era su noción de libertad, fundada en el cambio de los términos de la dominación de una de estas dos clases: el proletariado.

En México el postulado de centralidad marxista, que reducía la interacción social y los posibles sentidos en la historia, desembocó en la mutación del análisis de clases en el análisis de una sola clase: el proletariado. Este interés analítico produjo estudios sobre la clase obrera organizada que, en el caso mexicano, fue siempre el sector minoritario del proletariado industrial y el que tenía mejores condiciones de vida.

Entre mediados de los años setenta y principios de los ochenta, la bibliografía mexicana vio aparecer un inmenso arsenal sobre *la historia de la clase obrera*. Estos estudios abarcaron historias de más de un siglo: se hicieron trabajos sobre huelgas, movimientos, sindicatos, líderes obreros, etcétera.

El análisis politológico del marxismo se centró en el conocimiento de la dominación, en la medida en que el objetivo último de la teoría era el conocimiento de la verdad como transformadora de la conciencia enajenada. Esta concepción se fundaba en el postulado que concebía lo fenoménico como el movimiento de la esencia.

El estudio de la dominación se convirtió en la búsqueda de los mecanismos de control sobre la clase obrera que la hacían objeto de

la explotación. Con base en este planteamiento, se formularon las preguntas y se indujeron las respuestas en la investigación. Esta última dejó de ser un análisis sociológico para convertirse crecientemente en una investigación política con una alta densidad ideológica. El principal objeto de estudio fue el tejido social corporativo de Estado, a través de sus organizaciones.

El interés por conocer las organizaciones laborales dio origen a las historias de éstas. La historización en el análisis político es producto del peso que el conocimiento histórico tiene en la construcción del saber marxista.

Conocer la génesis del presente es, para el marxismo, el fundamento del conocimiento social y político. Esta visión de la sociedad y del Estado se explica en la medida en que esta teoría concibe la historia como la historia de la dominación y la historiografía existente, como la versión orgánica de la ideología dominante.

Esta versión del mundo empató, en México, con el uso y abuso de la referencia a hechos y personajes históricos en la retórica de gobierno, en la que la Revolución Mexicana derivaba siempre en el gobierno presente, aun a pesar de ser totalmente antagónicos, como fueron Cárdenas y Díaz Ordaz, ambos eran, en la retórica, herederos directos de la misma epopeya.

Las historias de la clase fueron, en esencia, historias políticas que no lograron desenmarañar la eficiencia del control del Estado sobre el proletariado mexicano y que, paradójicamente, contienen un cierto sentido apologetico de los dominadores.

El azoro y la admiración que muchos estudiosos acabaron sintiendo por Fidel Velázquez —quien durante cincuenta años se ha mantenido en una posición de administrador del control político— hacía evidente, por lo menos, dos tendencias constitutivas en los académicos imbuidos de marxismo o de práctica sindical universitaria.

La primera de estas tendencias ideológico-constitutivas fue, por una parte, su proclividad hacia el autoritarismo y el poder y, por otra, la ideologización de la práctica de la investigación social que mostraba una fractura de los canales de movilidad política.

ca entre el mundo académico y el Estado. Esta fractura estuvo vinculada al aumento de la militancia en los centros académicos y a la apertura de nuevos espacios de la sociedad política en los que pasaron a gravitar los activistas.

La *Revista Mexicana de Sociología* no fue la excepción; sus páginas cobijaron estudios de todas las épocas históricas sobre la clase obrera, desde los trabajos relacionados con los ancestros de los obreros, los gremios, hasta los metodológicos acerca de *cómo estudiar a la clase obrera*.²⁷

El estudio de movimientos sociales es otra de las vertientes sociológicas que dejaron una impronta en el desarrollo intelectual latinoamericano. Este tipo de análisis tiene como simiente a la sociología de la acción y, de manera especial, la propuesta teórica de Alain Touraine y sus discípulos, quienes formaron una generación de jóvenes estudiosos de la realidad latinoamericana.

En la *Revista Mexicana de Sociología* los artículos sobre los movimientos sociales cubren una amplia gama temática y metodológica que, en *strictus sensu*, rebasa el encuadre teórico de la sociología de la acción y se confunde, en muchos casos, con proposiciones teóricas y metodológicas de otras teorías sobre la realidad social.

En muchos casos, la categoría “movimientos sociales” dejó de ser una categoría encuadrada en la sociología de la acción y se hizo extensiva a nuevos contenidos empíricos e históricos, lo que dio origen a nuevas tendencias analíticas con la misma nomenclatura.

La categoría movimientos sociales se desparramó por las investigaciones del mundo agrario, de la ciudad, apuntaló la investigación sobre las acciones populares y cubrió toda una nueva gama de temas y actores, volviéndose el eje analítico de una acción social múltiple y polivalente. De esta diversidad dio muestras la *Revista Mexicana de Sociología*, como lo muestran sus páginas dedicadas a estos temas.²⁸

²⁷ Javier Martínez y Eugenio Tirol, “La clase obrera en el nuevo estilo de desarrollo: un enfoque estructural”, v. 44, núm. 2, abr.-jun. 1982, p. 453-480.

²⁸ Ignacio Levy, “Los movimientos rurales en México y la Reforma Agraria”, v. 39, núm. 3, jul.-sep. 1977, p. 951-984; Steven E. Sanderson, “La lucha agraria

El estudio de los movimientos sociales no sólo se extendió a los otros campos de la politología y la sociología, sino que traspuso el umbral del tiempo y formó parte de la reflexión histórica, dando vuelta al prisma con el que se habían visto hasta entonces las movilizaciones sociales y políticas protagonizadas por nuestros abuelos.²⁹

La presencia de categorías sociológicas y politológicas en el análisis histórico mostró un hecho significativo: parte importante del reclutamiento de los nuevos historiadores mexicanos se llevó a cabo en otras disciplinas de las ciencias sociales. Esta incorporación a la historia se inicia a mediados de la década de los setenta y se hace patente en la ampliación de los horizontes analíticos y temáticos de las investigaciones sobre el pasado.

Hacia mediados de los años ochenta, las grandes cosmovisiones empezaron a ceder su lugar a otro tipo de investigaciones, tanto en el tiempo como en el espacio y la temática.

La investigación micro y el estudio de lo particular, con una gran base empírica o documental, hacía evidente que los tiempos de las grandes preguntas y la búsqueda de los sentidos de largo plazo se habían agotado. La gran cosmovisión, cuya salida fue en muchos casos una respuesta ideológica, cedió su espacio en el conocimiento de lo social a *los estudios regionales*, a *las micro historias* o a *los estudios de caso*.

El cambio en la orientación del conocimiento se fundó en una profunda crisis del principio de veracidad, sobre el que se había basado la construcción explicativa de la etapa anterior. En respuesta a ese desmoronamiento de las verdades que fundaron las preguntas sobre la realidad, las metodologías y las técnicas con las que se construyó el dato y los hechos, el mundo del conocimiento se atomizó y

en Sonora, 1970-1976: manipulación, reforma y derrota del populismo”, v. 41, núm. 4, oct.-dic., 1979, p. 1181-1232; Samuel León, “El Comité Nacional de Defensa Proletaria”, v. 40, núm. 2, abr.-jun. 1978, p. 729-762.

²⁹ Entre otros artículos con la perspectiva de los movimientos sociales se encuentra en la *RMS*: Romana Falcón, “Veracruz: los límites del radicalismo en el campo (1920-1924)”, v. 41, núm. 3, jul.-sept. 1979.



buscó una realidad social más delimitada y agotable. Si la totalidad se había vuelto inaprehensible, por lo menos quedaba la parte como certeza.

Hacia finales de los años ochenta, los cambios políticos nacionales³⁰ hicieron que la explicación de los acontecimientos se construyera a partir de acciones particulares, más que de sus contenidos abstractos y tendencias. Curiosamente, en una época en que el Estado cambia sus funciones y sentidos, el estudio de éste cedió su espacio en la investigación social a los estudios electorales como indicadores de la crisis de legitimidad.

Otro rasgo distintivo de las disciplinas sociales en este principio de los años noventa es la tendencia creciente a marcar las diferencias entre las especialidades.

La hiperespecialización del conocimiento social está cada vez más ligada a la necesidad de hacer del conocimiento un instrumento de diagnóstico de la realidad para producir una información útil en la toma de decisiones. De manera curiosa, este cambio en el sentido último del conocimiento está ligado a dos fenómenos paralelos que son complementarios de esta especialización creciente: por una parte, el auge del periodismo sociológico y politológico como una abierta toma de posición ideológica del académico frente a sus circunstancias —pérdida del mundo del conocimiento frente al mundo de la información— y, por la otra, la creciente deshumanización de las ciencias sociales y la concomitante pérdida de peso del análisis histórico en su interior.

³⁰ El terremoto de 1985, las elecciones de Chihuahua, la escisión de la corriente crítica y la fundación del PRD, el aumento del peso político del PAN, la política neoliberal y la contracción del peso social del Estado.